

«Sí, Monseñor, y los ha encontrado tan bellos, que me ha asegurado no haber leído nunca nada tan útil y tan edificante; y esta es también la opinión general de todos los Padres del colegio, á quien los ha comunicado, los cuales han sacado copia, y están resueltos á publicar la obra si no lo haceis vos mismo.—Es cosa singular, replicó Francisco, que al decir de estos buenos Padres haya compuesto un libro, cuando nunca he tenido el menor pensamiento de ello. Mostradme todas esas notas.» La señora de Charmoisy se las llevó en efecto, y quedó sorprendido al encontrar tan gran número de ellas, y más sorprendido aún del cuidado con que la piadosa señora las había recogido; y después de haberlas examinado escribió al Padre Forrier, prohibiéndole diera á la prensa estos escritos desaliñados y sin hilación, prometiéndole que puesto que su parecer era que lo que había hecho para la utilidad de un alma podría servir para otras, iba á poner en orden y retocar estos diversos escritos. Fué también escitado á este trabajo por las instancias de Enrique IV. Este gran rey, cuyo exquisito gusto sabía tan bien apreciar las personas y las cosas, había reconocido que nadie entendía la verdadera devoción tan perfectamente como el Obispo de Ginebra, y en consecuencia de esto le hizo escribir por su secretario, el señor de Deshayes, que deseaba una obra compuesta por él, donde la religión fuese presentada en toda su natural belleza, libre de toda superstición y escrúpulo, practicable para todas las clases de la sociedad, en la corte y en los ejércitos, compatible con la agitación del mundo y el estruendo de los negocios, tan distante de la relajación que lisonjea á los pecadores como de la severidad que los desalienta, puesto que un libro de este género faltaba á las almas, y nadie mejor que el Obispo de Ginebra podía escribirlo (1). Francisco, alentado por este concurso de circunstancias, puso manos á la obra; dispuso en el orden en que se encuentran hoy estos bellos

(1) De Cambis, t. II, p. 80.

preceptos de la piedad cristiana, que su pluma había arrojado primero sobre el papel según se le ocurría, y sin ningún plan de reunirlos algún día; suprimió algunas cosas, añadió otras con la ayuda de las cartas de dirección que había escrito á la señora de Boissy, y en fin, no obstante el poco tiempo que le dejaban libre los trabajos del apostolado, el libro tan deseado apareció, impreso en Lyon bajo el título de *Introducción á la vida devota*.

Para comprender el carácter propio de esta obra, es necesario ponerse en el punto de vista donde se colocó el autor. Entonces corrían por el mundo dos errores igualmente funestos. Unos, por querer hacer la piedad demasiado sublime, la hacían imposible ó incompatible al menos con las obligaciones de la vida civil, cargándola de prácticas y vanas imaginaciones, representándola bajo expresiones místicas poco comprendidas, dándola en fin un aspecto tan austero, tan terrible, tan elevado, que no se la consideraba sino como la herencia de los claustros, y se la miraba como demasiado adusta para aparecer en la corte y en el gran mundo. Otros, acomodándola á sus pasiones por condescendencias culpables, haciendo una mezcla extraña del bien y del mal, de sus vicios y del Evangelio, la desfiguraban para asimilársela, la hacían mundana para hacerla fácil.

Francisco de Sales se propuso salvar estos dos escollos: separar la verdadera devoción del rigorismo que espanta y desespera, dejándole sin embargo el justo rigor que la verdad exige; presentarla compatible con todos los estados y condiciones; en fin, enseñar á vivir en el mundo sin participar del espíritu del mundo, haciendo lo que hacen los mundanos, excepto el pecado, pero santamente, y con el fin de agradar á Dios; cuyo objeto consigue maravillosamente en la obra de que estamos hablando.

Bajo su pluma, la devoción es noble, verdadera y llena de buen juicio. La cortesía de las costumbres, el espíritu de sociabilidad, todos los encantos de una piedad bien entendida la acompañan, si se puede decir así, y sin embar-



go, no está disfrazada sino para parecer mas agradable, pues está presentada con su cruz, sus espinas, su desprendimiento, sus sufrimientos; «tal, dice Bonnet, que el religioso mas austero ó el cortesano mas disgustado, si no le da su afecto, no puede por lo menos rehusarle su estimacion:» (1) La dulzura del autor se manifiesta en todas partes sin debilidad, como su firmeza sin amargura.

Enseña á respetar el decoro que llama las gracias de la virtud, á elevarse sobre la naturaleza sin destruirla, á volar poco á poco hácia el cielo como las palomas, cuando no pueden elevarse como las aguilas, es decir, á santificarse en las sendas comunes cuando no son llamados á un estado mas perfecto. Allí el espíritu contempla con delicias la verdad espuesta en toda su luz, embellecida con máximas igualmente ingeniosas y profundas, revestida de un estilo noble y majestuoso, corriente y natural, realzado con la precision y pureza de las espresiones, tan pronto finas y delicadas como vivas y tiernas, siempre graciosas y variadas; es lo sencillo con todo el mérito de lo bello, porque cada idea está espresada con la palabra mas propia, y cada palabra embellece el pensamiento. Allí, sobre todo, el corazon experimenta un gusto inesplicable; porque la dulzura del sentimiento hace gustoso el precepto; la delicadeza de las consideraciones lo hace aceptar; el candor ingenioso y la bondad del autor, que se pinta sin querer á sí mismo, la hace amar; y el alma, embalsamada con lo que lee, respira deliciosamente el perfume mas puro y suave de la verdadera piedad.

La obra se divide en cinco partes: en la primera el autor empieza por definir la verdadera devocion. «Es, dice, una agilidad ó lijereza espiritual, por la cual la caridad nos hace ejecutar pronto, diligente y afectuosamente lo que Dios nos pide. Cuando el amor nos hace agradables á Dios, se llama gracia; cuando nos da la fuerza de obrar bien, se llama caridad; pero cuando ha llegado á ese gra-

(1) Panegírico de San Francisco de Sales, por Bonnet.

»do de perfeccion, de hacernos no solo obrar el bien sino de hacérselo practicar cuidadosa, frecuente y prontamente, se llama devocion.» El autor, para formar en el alma la devocion así entendida, empieza por decir la necesidad y el modo de purificarse de todo pecado y de todo afecto al pecado, de las malas inclinaciones y del afecto á cosas inútiles y peligrosas: «Porque, dice, así como no hay buen natural que no se pervierta con los malos hábitos, así no hay tampoco un natural tan rebelde que, primero con la gracia de Dios y luego con el cuidado y diligencia, no llegue á ser vencido y subyugado.»

Desembarazado así el terreno de todo lo que es malo, si así puede decirse, el autor, queriendo elevar el edificio de las virtudes, pasa á los medios de construccion, es decir, á los ejercicios espirituales, y este es el asunto de la segunda parte. En ella trata de la meditacion, del exámen de conciencia, del recogimiento, de las oraciones jaculatorias ó aspiraciones del corazon á Dios, de la asistencia al santo Sacrificio, de la invocacion de los santos, de la palabra de Dios, de la confesion y de la Comunión. Entre tantas bellas cosas, no citaremos mas que las frases suavísimas donde enseña al alma á unirse con Dios.

«Llevad, dice, lo mas á menudo que podais vuestro espíritu á la presencia de Dios; mirad lo que Dios hace y lo que vos haceis, vereis sus ojos constantemente dirigidos hácia vos y en vos fijos, con un amor incomparable. ¡Oh Dios! direis, ¿por qué no os miraré siempre como Vos me mirais? ¿Por qué pensais en mí tan á menudo, y por qué pienso tan poco en Vos? ¡Oh alma mia! vuestro verdadero centro es Dios: como los pájaros tienen nidos donde retirarse y los ciervos asilos donde ponerse á cubierto, así nuestros corazones deben escojerse un lugar cada dia, ó en el monte Calvario, ó en las llagas de Nuestro Señor, ó en algun otro sitio inmediato, para retirarse allí en las ocasiones, y que sea como un fuerte en las tentaciones. Feliz el alma que puede decir al Señor: Vos sois mi casa de refugio, mi baluarte, mi techo contra la



«lluvia y mi sombra en los ardores del sol. Acordaos con frecuencia, Filotea, de retiraros á la soledad de vuestro corazón en las conversaciones y negocios; esta soledad no puede ser impedida por la multitud de los que os rodean, porque no rodean vuestro corazón, sino vuestro cuerpo. Así pues, que vuestro corazón permanezca enteramente solo en la presencia de Dios solo..... Aspirad con frecuencia á Dios, por medio de cortas pero ardientes elevaciones del corazón; admirad su belleza, implorad su ayuda, adorad su bondad, entregadle mil veces al día vuestra alma, fijad vuestros ojos interiores en su morada, tendedle la mano como un hijo pequeño á su padre, para que os dirija..... Este ejercicio no es dificultoso, porque se puede mezclar en todos nuestros negocios y ocupaciones, sin impedir las ó retardarlas. El peregrino que toma un poco de vino para alegrar su corazón, aunque para esto se detenga un momento no interrumpe su viaje, ántes por el contrario toma fuerzas para proseguirlo mas vivamente, no deteniéndose sino para caminar mejor.»

Después de estas dos partes, que son como nociones preliminares, el autor aborda en la tercera la práctica de las virtudes; y en esta es donde, después de haber explicado en dos capítulos la elección que se debe hacer de una virtud particular, para trabajar en su adquisición hasta poseerla plenamente, trata (con una claridad y elegancia que en nada perjudican ni á la precisión ni á la unción) de la paciencia, la humildad, la dulzura, la obediencia y la castidad, del desasimiento, de la mortificación corporal, del decoro en los vestidos, de las conversaciones loables en que se habla de Dios, ó en que por lo menos son buenos los discursos, y de las conversaciones reprehensibles, en que se mezclan la maledicencia ó los juicios temerarios; de las recreaciones permitidas, y de las que son peligrosas, como el baile y los espectáculos; y termina esta tercera parte con algunas consideraciones sobre la fidelidad á Dios en las ocasiones grandes y pequeñas, sobre el modo de obrar,

de hablar y de pensar siempre como hombre razonable; por último, sobre las obligaciones de los casados, de las viudas y de las vírgenes. Nos limitaremos á dos observaciones sobre esta tercera parte.

1.º Haría mal quien quisiese apoyarse en la doctrina del autor para autorizarse á frecuentar los bailes y los espectáculos, porque aunque establece que estos pasatiempos no son malos en sí mismos, enseña que son muy peligrosos, sobre todo aficionándose á ellos, puesto *que disipan el espíritu de devoción, debilitan las fuerzas, resfrían la caridad, y despiertan en el alma mil malos afectos*; que se deben evitar lo mas posible; *que si en alguna ocasión no es posible dispensarse de ellos, es necesario acompañar el baile de modestia, de dignidad, de buena intención*, y al salir de él, para oponerse á sus *peligrosas impresiones*, considerar *que mientras estábais en el baile, muchas almas ardan en el fuego de los infernos por los pecados cometidos en el baile; que la muerte se aproximaba para llamaros á otra danza, donde no se da mas que un paso, del tiempo á la eternidad; que Nuestro Señor, Nuestra Señora, los ángeles y los santos nos miraban; y ¡oh, cuánto se han compadecido de vos, viendo vuestro corazón divertido con tan gran bobería y tan ocupado de una cosa tan inútil!*

Evidentemente las personas apasionadas por el baile no podrán escudarse con semejante doctrina; y lo podrán menos aún si se trata de nuestros bailes, inventados por la voluptuosidad, ó de nuestros espectáculos, alimentos impuros de las pasiones, acerca de los cuales el autor hubiera sido mucho mas severo.

2.º Hay en esta parte un capítulo lleno de observaciones tan exactas y tan ingenuas, que no podemos resistir al placer de reproducirlas, al menos en parte; y es el que lleva por encabezamiento: *Que es preciso tener el espíritu justo y razonable.*

«No somos hombres sino por la razón, dice, y es, sin embargo, cosa rara encontrar hombres que sean verdaderamente razonables, pues el amor propio nos aparta



ordinariamente de la razon. Acusamos por poco al prójimo, y nosotros nos escusamos en mucho; queremos vender muy caro y comprar muy barato; queremos justicia para los demas, y para nosotros misericordia; queremos que se echen á buena parte nuestras palabras, y nosotros somos susceptibles y puntillosos con las de los demás; nos disgustamos con el prójimo cuando no quiere prestarnos algun servicio, y él no tiene razon de disgustarse cuando le queremos molestar; contradecimos todo lo que no es de nuestro gusto; si alguno de nuestros inferiores no nos cae en gracia, haga lo que haga, le recibimos mal y no cesamos de contristarle; por el contrario, si alguno nos agrada, no hace nada que no lo escusemos; preferimos los ricos á los pobres, aunque tengan menos mérito; preferimos tambien á los que estan mejor vestidos; queremos conservar íntegros nuestros derechos, y que los demás tengan la cortesía de ceder en los suyos; sostenemos nuestro puesto cuidadosamente, y queremos que los demás sean humildes y condescendientes; nos quejamos fácilmente del prójimo, y no queremos que ninguno se queje de nosotros; lo que hacemos por otro nos parece siempre mucho, lo que se hace por nosotros nos parece nada; colocamos siempre en el lugar del prójimo y ponemos á él en el nuestro, y así juzgareis bien. Este es el punto de la verdadera razon.»

Despues de haber tratado así de las virtudes, el autor consagra la cuarta parte de su obra á prevenir al alma contra las pruebas á que está espuesta en la nueva senda donde la ha introducido; y allí trata de las tentaciones mas ordinarias y de sus remedios, del respeto humano, de la inquietud, de la tristeza, de las sequedades y disgustos espirituales.

Por último, como el hombre olvida fácilmente aun aquello mismo que mas le ha movido, y cae en la insensibilidad de la rutina, el autor emplea una quinta y última parte para tratar de la renovacion anual de las buenas resoluciones, con un sério exámen de conciencia, y profundas conside-

raciones sobre la escelencia del alma, el precio de la virtud, los ejemplos de los santos, el amor de Dios y de Jesucristo hácia nosotros; terminando con diversos avisos propios para afirmar al alma cristiana en la práctica del bien.

Tal es el análisis de esta hermosa obra, que nunca se leerá bastante. Así que apareció, produjo en el mundo una prodigiosa sensacion: todos querian procurársela, leerla, y despues de haberla leído, volverla á leer. Bien pronto fué traducida á casi todas las lenguas de Europa, y las ediciones se sucedieron tan rápidamente, que en 1656 habian ya hecho cuarenta.

Enrique IV, despues de haberla leído, confesó que la obra habia sobrepujado á sus esperanzas. María de Médicis, su esposa, se la envió encuadernada con diamantes y pedrería á Jacobo, Rey de Inglaterra; y este monarca, uno de los príncipes mas sábios que han ocupado un trono, concibió de ella tan grande estimacion, que á pesar de sus odiosas y sistemáticas prevenciones contra los escritores católicos, la llevaba siempre consigo y la leía á menudo, y muchas veces se le oyó decir: «¡Oh, yo quisiera conocer á su autor! es ciertamente un grande hombre; y entre todos nuestros Obispos, no hay uno que sea capaz de escribir con un estilo tan celestial y que parece de ángeles.» El General de los Fuldenses, hablando de esta obra, la llamó el libro mas perfecto que compuso jamás una mano mortal; libro que se quiere siempre volver á leer despues de haberlo leído muchas veces; añadiendo el bello elogio, de que leyéndolo el que no sea cristiano lo será, el que sea cristiano se hará mejor, y el que sea mejor se hará perfecto.

Penetrado del mismo sentimiento el General de los Cartujos (1), aconsejó al autor no volviera á escribir mas, por-

(1) D. Bruno de Affringes, General de los Cartujos, uno de los personajes mas sábios y mas virtuosos de su siglo, era amado y estimado de los Papas Gregorio XV y Urbano VIII. Enrique IV, habiendo ido á ver la gran Cartuja



que habiendo llegado en esta obra á la mas alta perfeccion, todo lo que produjera sería inferior y disminuiría por consiguiente su fama. Varios amigos le hablaron en el mismo sentido; pero lejos de adoptar una razon tan poco conforme con el Evangelio, no pudo disimular la pena que le daban con esto. «Ved, decia á uno de sus amigos (1), »el amor que me tienen es el que les hace hablarme así, »pero si apartaran de mí los ojos, que soy un hombre vil »y miserable, para fijarlos en Dios, que es el maestro soberano, cambiarían de lenguaje, porque si Dios ha querido »bendecir este pequeño libro, ¿por qué no ha de bendecir »el segundo? ¿No podrá hacer salir de la quijada de un »asno un agua viva y agradable? (2) Pero no piensan en esto »esos buenos personajes que se ocupan de mi gloria: como »si debiéramos deseársela para nosotros, y no referirla á »Dios, que obra en nosotros todo lo bueno que hacemos. »El Evangelio nos prohíbe buscar los aplausos del mundo, »y por consiguiente, si este pequeño libro me ha adquirido alguna estimacion, lo que debia hacer sería componer »algunos de menos mérito, para abatir los humos del orgullo.»

Bien diferente de estos amigos imperfectos, Pedro Villars, aquel anciano Obispo de Vienne, cuyas virtudes hemos ya referido en la carta de felicitacion que dirigió á Francisco de Sales, le comprometió con instancias á que continuase escribiendo, precisamente porque habia escrito bien (3). El Arzobispo en esta carta, despues de haberle espresado la admiracion que le habia inspirado la lectura de tan bueno y hermoso libro, añadía que esta obra era

tuvo una larga conversacion con él, y sorprendido de la exactitud de los religiosos en obedecerle, «¿cómo os arreglais? le dijo. Yo soy Rey, mando soberanamente y no soy obedecido como vos. ¿En que consiste eso?—Os lo diré, Señor, contestó D. Bruno; no perdono nunca. «La dulzura en un superior sirve para uno solo y perjudica á muchos: el ejemplo contagia ó cura.»

(1) Epístola de San Francisco de Sales, part. XVI, sec. XXII.

(2) Judic. XV, p. 19.

(3) Carta CLXIX.

un señalado servicio hecho á la religion y á las almas; que trabajando por arrancar la voluntad á las pasiones, atacaba á la herejía en su raiz; y que un tratado tan perfecto de la verdadera piedad, no era menos útil á la causa de la fe que las obras de los mas sábios controversistas.

Entre tanto, en medio de este concierto unánime de alabanzas, una voz discordante se atrevió á levantarse. En la ciudad de Aviñon, un religioso de una orden austera, y mas austero aún que su orden, no temió atacar desde el púlpito la obra que celebraba por todas partes la fama; condenó la doctrina en ella espuesta como una cobarde é injusta condescendencia con los pecadores, como una alteracion esencial de la verdad en favor de las pasiones, á las cuales se sacrificaba el Evangelio. «¿Qué escándalo y »qué crimen, exclamó, atreverse á decir que el baile es »cosa indiferente, y permitir mezclar chistes en las conversaciones!» Pasando de aquí á la persona misma del autor, cuya vida celestial prevenia poderosamente en favor del libro, se atrevió á decir que su exterior dulce, edificante y modesto, no era mas que una apariencia de virtud; que el Evangelio nos enseña á juzgar del árbol por sus frutos; y que segun esta regla, no era mas que un sepulcro blanqueado que ocultaba la podredumbre bajo un exterior hipócrita. Despues de esta furibunda diatriba, tomó el libro en la mano, lo hizo mil pedazos, llamando al autor verdadero sucesor de Calvino, y doctor corrompido y corruptor. A la noticia de este rumor escandaloso, que llegó bien pronto hasta Annecy, el santo Obispo, sin alterarse ni turbarse, contestó con mucha paz, que creía que este religioso habia obrado con buena intencion; que le alababa y le estimaba por razon del motivo que le habia hecho obrar, pero que era sensible que antes de manifestarlo no hubiese reflexionado que el libro señala precisamente el extremo peligroso del baile; que no lo tolera, sino en casos escepcionales, en las personas de la corte y grandes del mundo; y que al declararlo en sí indiferente, no hace mas que seguir la doctrina comun de los teólogos



mas sábios y mas santos; y que finalmente, si tolera los chistes ó equívocos en las conversaciones, no hace mas que reproducir el pensamiento del Rey San Luis, «doctor »sin duda digno de ser seguido en el arte de conducir »cortesianos á la piedad.» (1)

Pero, mas enérgica que estas respuestas de una moderacion tan edificante, la aprobacion de toda la Europa en favor de la nueva obra ahogó bien pronto la voz desaprobadora, y el santo Obispo, alentado por el bien que este escrito producía en las almas, meditó otros nuevos. Se propuso primero dar una segunda edicion, corregida y revisada, de lo que llamaba su *pobre librito*, aprovechándose de las advertencias del Obispo de Montpellier, y de todas las que pudo obtener despues de haberlas solicitado con instancias, sobre todo del Arzobispo de Vienne, al que habia prometido una perfecta docilidad y un reconocimiento mayor aún. Luego concibió el designio de escribir sobre el amor de Dios, para enseñar la práctica de él á los fieles; y sobre el modo de predicar para convertir á los herejes, refutando sus argumentos de un modo mas afectivo que especulativo, que fuera tan propio para consolar á los católicos como para vencer á los enemigos de la Iglesia. En fin, meditó la composicion de un calendario donde estuvieran espresadas las ocupaciones de las almas piadosas para cada semana del año.

Espuso todos estos planes al Arzobispo de Vienne (2), y este, gozoso con tales comunicaciones, le alentó á ejecutar unos proyectos tan útiles para la gloria de Dios y el bien de las almas, poniéndole de manifiesto los grandes frutos que resultarían de ellos (3). La esperanza de una nueva obra compuesta por una mano tan hábil, llenó de gozo á todos los amigos de la religion. Se hablaba de ello en todas partes, el elogio era repetido por todas las bocas,

(1) Prólogo del *Tratado del amor de Dios*.

(2) Carta CLXX.

(3) Carta CLXXI.

y en medio de este concierto de aplausos, el santo autor se humillaba cada vez mas.

«Ayer, escribe á la Señora de Chantal, di dos paseos, »con los ojos llenos de lágrimas al ver lo que soy y lo que »me estiman..... Quisiera que me conociéseis bien, entonces diriais: Hé aquí una caña sobre la cual quiere Dios »que me apoye; estoy firme porque Dios lo quiere, pero »sin embargo la caña no vale nada.» (1)

No era porque no sintiese á veces los ataques del amor propio, segun se deduce de estas palabras que dice en la misma carta: «No soy mas que vanidad;» pero practicaba lo que aconsejaba á los otros. «Burlaos, decia, de los pensamientos de vanagloria que se presenten en vuestras »buenas obras, y continuad sencillamente lo que haceis sin »examinar si habeis consentido ó no.» (2)

## CAPITULO IX.

Francisco sufre algunas pruebas en su familia, reforma la abadia de Talloires y consagra á Mr. Camus Obispo de Belley.—Pasa intrépidamente por Ginebra, y es calumniado ante el Duque de Saboya.—Recibe la visita del Obispo de Belley.—Pierde á la Señora de Boissy.—Sus sentimientos al saber la muerte de Enrique IV.

(Año 1609.)

Si los aplausos de los hombres hubieran podido dar alguna satisfaccion á un corazon tan humilde como el del santo Obispo de Ginebra, hubieran sido duramente compensados con las pruebas de familia que tuvo que sufrir entonces á causa del interés, ese enemigo tan activo de la caridad entre los hombres, el cual se introdujo en la familia de Sales, hasta entonces tan estrecha-

(1) Carta CLXIII.

(2) Carta CLIX.